



Antanas Mockus, filósofo, matemático y profesor universitario.

Para sorpresa de muchos, los índices de criminalidad en la capital de Colombia, país con tanta violencia, se están reduciendo significativamente. El autor analiza esta positiva experiencia, asociándola a un nombre: Antanas Mockus, dos veces alcalde de Bogotá.

Antanas Mockus ha sido dos veces alcalde de Bogotá. También, un fallido candidato presidencial, que está seguro de que tendrá mejor suerte en las próximas elecciones. Dice que gastó apenas 10.000 dólares en su última campaña para llegar al Palacio Nariño; que lo que se necesita para ganar no es plata, sino imaginación. Es lo que le sobra y lo que parece explicar su éxito al frente del gobierno de la capital del país más violento de América Latina, éxito que se asocia precisamente con la mejora notable en las condiciones de seguridad de la ciudad.

El significado de Antanas Mockus

gino costa

Área de Seguridad Ciudadana del IDL

La caída de los principales indicadores delictivos entre 1995, cuando se inició su primera gestión, y el 2004, cuando concluyó la segunda, con un interregno durante el cual su sucesor, Peñaloza, le dio continuidad a sus políticas, es verdaderamente admirable. Ninguna ciudad latinoamericana puede mostrar esos resultados.

Veamos, por ejemplo, la evolución de la tasa de homicidios. Durante la década de 1980 y el primer lustro de la siguiente, estos se cuadruplicaron a 80 por cada 100.000 habitantes, de un promedio de 20 por 100.000 más o menos constante en las décadas anteriores. Entre 1995 y el 2004, durante las gestiones de Mockus y Peñaloza, las tasas recuperaron su nivel histórico, y se volvieron a ubicar en el rango de 20 por 100.000. Similares caídas presentan otros índices, como el de muertes por accidentes de tránsito.

Solo Giuliani y Bratton consiguieron, unos años antes, resultados similares en Nueva York. Pero las premisas teóricas de estos difirieron de las de Antanas Mockus. Mientras que los primeros pusieron el énfasis

en la aplicación estricta de la ley, comenzando por el castigo severo de las infracciones más leves, Mockus lo puso en hacer de cada bogotano un verdadero ciudadano, sujeto de derechos y, sobre todo, de obligaciones. Movi6 así el foco de responsabilidad en el control de la violencia de la Policía, que al aplicar la ley nos hace a todos más seguros, a los individuos, quienes, al respetar la ley, contribuyen a vivir en un medio más seguro.

Mockus parte por reconocer que el sistema legal no es el único que regula la conducta humana. También existe un sistema normativo ético y moral propio de cada individuo y un conjunto de normas sociales que pueden ser tan o más importantes que las leyes para determinar nuestra conducta. Si no existe correspondencia entre estos sistemas normativos —es decir, si nuestros patrones éticos y sociales difieren de las normas legales—, lo más probable es que la ley no será observada.

Corresponde no solo al sistema educativo sino también a la política que los sistemas éticos y sociales vigentes se acerquen lo más posible a lo establecido en la ley. Así entendida, la política constituye una actividad esencialmente pedagógica. Los políticos, con su mal ejemplo, pueden reforzar patrones éticos y sociales reñidos con las leyes, o, al contrario, encarnar comportamientos que estimulen prácticas individuales y colectivas concordantes con las convenciones plasmadas en la ley.

A partir de estas premisas, la gestión de Mockus se orientó a crear una cultura de convivencia pacífica y de respeto del otro, de solución de conflictos sin

recurso a la fuerza, de recuperación de espacios públicos, de erradicación de toda forma de conducta violenta, comenzando, por supuesto, por la más vil y la más perniciosa, la que ocurre en los hogares. Cada iniciativa suya fue acompañada por campañas masivas, destinadas a contribuir al cambio de patrones culturales cuya incidencia perniciosa en la convivencia social no siempre resulta evidente. Si, por ejemplo, se determinó una alta correlación entre el consumo excesivo de alcohol y los homicidios, la violencia familiar y los accidentes de tránsito, se organizaron campañas para llamar la atención sobre este hecho y convocar a cada quien a actuar con la debida responsabilidad para no perpetuar el problema.

Para inculcar una cultura de respeto de las normas de tránsito, Mockus creó una patrulla de mimos encargada de llamar la atención de los transgresores sin necesidad de recurrir a la papeleta, sino más bien a la sanción social a través del mimo. Para reducir los accidentes de tránsito ocasionados por el alcohol, se puso en marcha una ingeniosa campaña para premiar a quien, entre un grupo de amigos, se sacrificaba una noche para permitir que los otros bebieran sin preocupación. El abstemio era socialmente reconocido en los restaurantes y bares de la ciudad por los propios dueños de estos, comprometidos por Mockus en la campaña "Si manejas no bebas". Para reducir el recurso fácil a la violencia, el Municipio constituyó decenas de casas de justicia y centros de conciliación, lo que ayudó a reducir los conflictos y a mejorar la convivencia social.

¿Cuánto tuvieron que ver estas iniciativas en la caída de la criminalidad? Algunos estudios sostienen que, más allá de sus bondades intrínsecas —desarrollo de ciudadanía y de reglas de convivencia civilizada—, no es posible probar la correlación entre estas y la evolución de la situación de seguridad. ¿Cómo explicar entonces lo ocurrido? Lo cierto es que las iniciativas de Mockus no se limitaron a las políticas de prevención ya descritas. También invirtió recursos significativos en fortalecer y modernizar el trabajo policial. Históricamente, en Colombia la Policía ha estado subordinada a las autoridades políticas; no solo en el ámbito nacional, a través del Ministerio de Defensa, sino también en los planos regional y local. Esta subordinación está plasmada en la Constitución. Si bien la Policía es nacional, como en el Perú, la autoridad política es la responsable de la seguridad en cada circunscripción territorial, a diferencia de nuestro país, donde goza de muchísima autonomía, recientemente limitada por el Sistema Nacional de Seguridad Ciudadana. Mockus asumió la responsabilidad plenamente, condujo la acción policial y financió desde el Municipio la modernización policial con millones de dólares.

Es más: hizo suyo el aporte de Rodrigo Guerrero, médico epidemiólogo, quien fue alcalde de Cali a principios de la década de 1990. Durante su gestión, Guerrero encaró la violencia como un problema de salud pública, y, más específicamente, como una epidemia; en consecuencia, utilizó los instrumentos de la epidemiología para conocerla. Recurriendo a la información de la Policía, la Fiscalía, los médicos legistas y

las autoridades de Salud, configuró el mapa de la violencia y el crimen en Cali. Con esa información convocó a todas las autoridades concernidas con el tema, empezando por la Policía, para determinar qué hacer para detener la epidemia.

Lo que hizo Guerrero es lo que hacen todas las policías modernas del mundo: utilizar la información

para diseñar las estrategias y las acciones para enfrentar el problema. La diferencia con Guerrero es que no se limitó a diseñar intervenciones policiales, sino que, al convocar a otras autoridades, las comprometió a enfrentar el problema, por cierto, no exclusivamente policial.

Mockus hizo suya esta metodología, que aseguró una mayor eficiencia policial y un mejor uso de los siempre escasos recursos policiales. Si no conoces el problema, es muy difícil que estés en condiciones de enfrentarlo con éxito. Al involucrar a otras autoridades ayudó, adicionalmente, a la Policía, porque les hizo ver que los problemas de seguridad no solo atañen a esa institución sino también a las autoridades de Educación, Salud y Trabajo, así como a todas aquellas que tengan que ver con los jóvenes, principales víctimas y victimarios, y comprometió también a las autoridades fiscales, judiciales y penitenciarias y a las organizaciones no gubernamentales y la sociedad civil en general. Es con esa información que la naturaleza multidimensional del problema aparece nítida y la respuesta interinstitucional, imprescindible.

Ese diagnóstico y esa respuesta, sin embargo, requieren de un liderazgo. Guerrero lo asumió primero en Cali y, luego, Mockus



La gestión de Mockus tuvo, entre otros logros, el ordenamiento del tránsito en la capital colombiana.

en Bogotá; hoy lo hacen decenas de autoridades municipales colombianas en sus respectivas jurisdicciones, con resultados por lo general satisfactorios.

Pero la caída en los índices delictivos no hubiera sido posible sin los grandes cambios introducidos en la Policía Nacional por el general José Rosso Serrano, su director entre 1994 y el 2000. El planteamiento de la reforma fue propuesto por un grupo de civiles en 1993 y se hizo realidad gracias al liderazgo de Serrano, quien entendió que la lucha contra el delito solo podía tener éxito si se iniciaba por casa, que solo era posible mejorar la efectividad policial si esta institución identificaba a sus malos elementos y los extrañaba. Serrano obtuvo autorización legal para aplicar una purga radical que le permitió expulsar en menos de dos años alrededor de 10.000 policías de una fuerza de 100.000; es decir, al 10 por ciento del total, de rey a paje. Ello contribuyó a devolverle a la institución la legitimidad y la confianza ciudadana que había perdido y a mejorar significativamente su rendimiento gracias al apoyo de la población, la principal fuente de información de cualquier policía.

Estos son, pues, los componentes del ejemplo de Bogotá: la

pedagogía cívica de Antanas Mockus y su estrategia para comprometer a la ciudadanía en hacer de Bogotá una ciudad segura; la sabiduría de su sucesor para continuar con las políticas ya iniciadas; el establecimiento de un sistema de recolección de información delictiva diseñado por Rodrigo Guerrero en Cali, que permite saber qué ocurre en las calles de la ciudad, dónde y cuándo, y quiénes son los protagonistas de los hechos de violencia, y el uso de esa información para planear las respuestas de la Policía y de los otros actores responsables de enfrentar esos hechos y prevenirlos; el decidido apoyo del gobierno de la ciudad a la Policía y la conducción civil del trabajo policial; y, por último, una reforma policial radical encabezada por José Rosso Serrano, que logró limpiar a la institución de sus malos elementos y que, junto con los recursos transferidos por el gobierno municipal y la información provista por este, hizo de ella un poderoso instrumento de protección ciudadana y aplicación de la ley.

El de Bogotá es un buen ejemplo por seguir. ¿Tendremos en el Perú el liderazgo para hacerlo? ■